

1975

Algunos fueron a trabajar directamente para el enemigo. Al tiempo se empezó a rumorear, y años después se publicaron crónicas sobre esos compañeros.

Pero él lo adivinó antes de escuchar las primeras versiones, y mucho antes de la difusión de las famosas crónicas. Era parte de la lógica del movimiento general. Una fuerza. Servir, aunque sea a los enemigos, pero servir: hay mucho amor en esta ley.

"¿Qué es el amor?", se preguntaba. Nunca terminaría de saberlo, pero si hay amor, es algo que bien ejemplifica la devoción con que tantos compañeros de un día para otro se pasaron al enemigo.

Para él ya era tarde. Si el enemigo se había apropiado del movimiento de conjunto, si sus estatuas, mudas, habían derrotado a las fuerzas del ritmo del retumbar de la revolución, él seguía necesitando aquel caer, debía seguir cayendo y girando a la espera de la fuerza ascendente.

¿O quizás él era una de las estatuas derrotadas? ¿Boqueando? ¿Sin encontrar el aire imprescindible?

En todo caso, ya era tarde: no podía servir directamente al enemigo.

Ni podía amar con esa forma del amor. No lo sentía.

Empezó a trabajar en las demoliciones. Necesitaban nuevos; se presentó, lo revisaron y lo contrataron.

Hizo una carrera. Eso llegaron a decir después: "Hizo carrera". Al principio trabajó derrumbando muros desvencijados, después integró una brigada de desmonte de partes recuperables de las casas erradicadas. Después manejó máquinas de derribar, más tarde lo destinaron a formar grupos de nuevos contratados y cuando ya era uno de los responsables, lo nombraron jefe de proyectos y lo ascendieron a "tareas mecanizadas".

Decían que había hecho carrera y mientras tanto muchos compañeros trabajaban para el enemigo, y la derrota era tan nítida, que aquellos hombres ya estarían desalentados, invadidos por la certeza de que habían estropeado sus vidas en misiones inútiles, una parodia de la guerra que ridiculizaba cualquier parodia anterior.

Con un mazo de quince libras debía golpear las partes blandas de mampostería. Todo pasaba a ser escombros fino, polvo amarillo, polvo colorado y cascotes. Al oscurecer llegaba a la barraca de los peones y, después de la ducha, mientras todos se sentaban en sus cuchetas para esperar la comida, se quedaba dormido. Le dolían la cintura, la espalda y los brazos: durante el sueño y en las comidas, igual que los domingos libres, las manos hinchadas extrañaban la forma de la empuñadura de su mazo y el tacto áspero de los escombros.

Durante las primeras semanas, oía la sirena de fin de turno, entregaba su casco y las herramientas, recuperaba su ficha de identidad y se iba a su barraca dormitorio como en un sueño, sin pensar. Los días le resultaban iguales, como las placas

idénticas de mampostería que iba volteando con golpes iguales de su mazo de quince libras. Al segundo mes empezó a calcular los resultados de su trabajo: al fin del turno miraba los *containers* cargados por los peones carretilleros tratando de medir qué proporción de cada despacho de escombros procedía de su propio trabajo.

Alguien lo habrá observado al salir, cuando fijaba su mirada en los montículos, y quizá lo habría informado a los supervisores; poco después lo pusieron a desmontar.

Con una sierra, un juego de llaves y cortafíos de distintos calibres debía desmontar marcos de puertas y ventanas.

Extraía tornillos y bisagras, desarmaba las cañerías y recuperaba mosaicos, azulejos y canillas tratando de que cada pieza llegara intacta a las cajas que los peones iban apilando en la vereda.

Al comienzo del turno se proponía una meta de metros cuadrados de piso o de pared, otra de canillas y sanitarios y otra de marcos. Siempre trataba de cumplirlas. A la salida veía partir las camionetas de distribución agobiadas por el peso de los cajones y calculaba cuántos viajes del día que terminaba correspondían a su trabajo.

No hablaba de esto con los desmontadores de su barraca, pero algún jefe de proyecto debió haberlo visto contando cajones de recuperación, porque una mañana, poco antes de que lo transfiriesen a las máquinas, le mandaron un encuestador.

El estudiante quería saber si tenía experiencia con motores, si sabía manejar autos y camiones y si podía calcular el tonelaje de material recuperado por cada cuadrilla en cada turno. Respondió la verdad.

A la semana llegaron a verlo dos masónicos:

—¿Siempre calcula lo que hace? —le preguntaron.

—Claro —dijo él.

—¿Y por qué? —se disculparon—. No es común que la gente calcule lo que hace...

—A mí me gusta calcular, si no calculo es como si no hubiese terminado el trabajo...

Los masónicos lo miraban. Al sol, con sus trajes color tabaco, las camisas blancas y las corbatas de seda, parecían agregados a la escena de la demolición con la finalidad de hacer notar que algunas partes de la ciudad continuaban enteras.

—¿Está seguro de entender? —preguntó uno de ellos, quitándose los anteojos oscuros, y cuando él respondió que sí, miró al otro, que seguía con sus anteojos para sol reflejando un edificio al que solo le habían desmontado el último piso, y lo invitaron a almorzar. Al salir de la zona vedada le advirtieron con una señal al empleado de vigilancia que se iba con ellos.

Camino al comedor de los supervisores volvieron a preguntarle:

—¿Qué es lo que entiende?

—Todo —volvió a decirles él.

—¿Qué todo?

—La cantidad, la proporción que hice yo mismo de toda la cantidad.

Los tipos retuvieron el paso y, señalando la larga fila de edificios semidesalojados sobre los que pronto avanzaría la autopista, preguntaron:

—¿Sabe qué es todo esto?

—Sí —dijo él y empezaba a justificar su respuesta cuando apareció el auto de la compañía que los condujo al comedor.

En el comedor de supervisores y jefes era el único de uniforme. Las botas de trabajo, el pelo agrisado por el polvillo de los escombros y la tela dura del mameluco contrastaban con los sacos blancos impecables de los mozos que se apuraban a llenarles las copas de vino y agua mineral.

Los mozos no parecían sorprendidos por su presencia. Tampoco los jefes y los supervisores, que se cambiaban en sus *trailers* para almorzar, mostraron mucha curiosidad. En cambio, un par de mujeres que llegaban, seguramente citadas por alguien de la compañía, al pasar cerca de ellos hicieron gestos de extrañeza, o él interpretó así el movimiento de las cejas de una de ellas, seguido por el paso al costado de su acompañante.

Los masónicos no lo advirtieron, o no le dieron importancia. Consultaban el menú. El de su derecha recomendaba la ensalada que un nuevo chef había puesto de moda entre los jefes y sus amistades.

Bastaba levantar la copa y tomar un sorbito de vino para que el mozo, apostado entre las plantas que adornaban los pasillos del salón, se acercase a la mesa a mantenerles la copa en su nivel. Bebían mucho. Apenas habían probado un par de aceitunas y una loncha de jamón español y ya se habían hecho traer su segunda botella de vino.

El que se había sentado a su derecha empezaba a sudar. Su frente, que había permanecido opaca bajo el sol agobiante de los alrededores, brillaba tapizada por microscópicas gotitas. Perdían el hilo de la conversación: uno de ellos empezaba a hablar de mujeres y de lugares nocturnos, el otro daba su opinión, repetían nombres de mujeres y nombres de locales y precios y el que había empezado a hablar de mujeres refería la

transmisión de un partido de tenis y se ponían a hablar de golf, de tenis y de billar.

Él comía. Apenas reconocía varios nombres de fútbol y unos pocos de rugby y de polo, y aunque por un momento pensó que debía intervenir en el diálogo, no supo qué decir y siguió oyéndolos en silencio, convencido de que los masónicos lo habían olvidado.

Se empezaban a desocupar las mesas de los supervisores cuando encargaron el café. Los dos hombres habían callado; sudaban a la par pese a la frescura del aire acondicionado del salón. Al más joven se le habían enrojecido los ojos y ahora solo tomaba agua mineral. Un jefe de pelo blanquísimo que cruzaba caminando ceremoniosamente alzó el mentón y los apuntó con su nariz. Entonces uno de ellos lo saludó con una suerte de venia, como corrigiendo la posición de una visera inexistente, y el de pelo blanco meció la cabeza afirmativamente y estiró los labios en un gesto de pesadumbre: significaba que volvía al trabajo.

—¡A laburar! —dijo riendo uno de los masónicos, y el otro miró su reloj antes de hablar:

—¿Así que usted está seguro de entender?

—Sí, seguro.

—¿Qué entiende? —le preguntó el mismo.

—Todo —dijo y sintió que era su turno de hablar. Volvió a decir que entendía y que conocía la obra desde antes de pedir su contrato: había que trazar una línea recta en cierta dirección, dejar una franja limpiísima de tierra llana todo a lo largo para después levantar los caminos elevados. Y después había que trazar nuevas líneas sobre los planos de la ciudad, elegir las mejores y seguir demoliendo y alisando, para volver a construir.

—Y pensar —dijo el mayor de los masónicos— que usted estaba en la revolución...

—Estaba —dijo él, imitando la voz del otro y el acento puesto en la palabra "estaba". Después, como si hablara para sí mismo, comentó—: Muchos compañeros ahora trabajan para el enemigo...

—¿Y usted por qué no? —preguntó el más joven, que había recuperado una apariencia de sobriedad y estaba secándose la frente.

—Yo no podría, para mí ya es demasiado tarde... Prefiero trabajar en la obra: ¡es más verdadero!

Estaba seguro que le preguntarían qué significaba para él la palabra "verdadero", pero se equivocó: los masónicos lo miraban, instándolo a seguir.

Siguió:

—Al principio me cansaba. Llegaba a la barraca y me quedaba dormido sin comer. De a poco me acostumbré; ya no me canso. Hay mucho ruido en las barracas, de noche la gente tose. Algunos van al bar y llegan y hacen ruido, pero uno se acostumbra. Los baños son limpios. La gente es muy honesta: usted puede —se dirigió al mayor de los masónicos, señalándolo— dejar plata del sueldo sobre la cucheta y si vuelve a las dos horas la encuentra allí. Nunca falta nada. ¡Ni una toallita!

Calló. Seguían mirándolo. Llegó el mozo con los cafés y no se movieron: seguían mirándolo. Habló el más viejo:

—Da la impresión de que usted opina que la obra puede servir a la revolución.

Notó que le miraban las manos mientras rasgaba el sobre del azúcar. Tenía una marca negra en la uña del pulgar izquierdo. Apoyó el dedo sobre el mantel. Explicó:

—Un error: me distraje mientras golpeaba para desarmar una

alfaja de mármol y me martillé. Creí que se me iba a caer la uña, pero no... ¡Quedó solo esta marca!

—Algunos creen que sí... —habló el joven, mirándole la uña.

—¿Que sí qué? —El mayor se dirigía a su compañero.

—Que sí, que la obra puede servir a la revolución... ¡Él qué piensa? —preguntaba indirectamente, mirando al otro masónico pero señalándolo a él con un ademán. El otro masónico levantó los brazos y se llevó la mano a la papada. Él contestó:

—Yo pienso que sí. Que puede... ¡Ahora sirve a la contrarrevolución, como todo, pero también puede servir a la revolución, a su debido tiempo...! Todas las cosas...

Iba a explicar, pero un brusco movimiento en el mayor de los tipos lo detuvo. Sacudía la cabeza:

—Es una vieja teoría. Muchos la siguen repitiendo. Es un error. Raro en usted ese error. ¡Pero no lo censuro! Hay gente, y hasta hay directores de la compañía que piensan igual... Están equivocados.

El otro masónico, más recuperado, asentía. Lo convidó con un cigarrillo norteamericano.

—Mire —dijo mientras se lo prendía con un yesquero de plata.

Él miró el yesquero, miró la mano, los puños de seda de la camisa, la gabardina de la manga y la cara y los ojos que habían perdido la vaga nube de borrachera. Ahora los iris celestes le brillaban, inquietos, a la espera de que él desviase la mirada.

—¿Qué? —dijo, pero sin dejar de mirarlo.

El otro masónico se acomodaba en su silla de brazos y, alejándose unos centímetros de la mesa, miró a su compañero, lo miró a él y volvió a moverse, como tratando de resistir un impulso que lo obligaba a hablar.

—Mire —empezaba a decir el más joven, pero volvió a callar.

Él dejó de observarle los ojitos celestes. En cambio, miró al mozo que llegaba con una bola de cristal humeante ofreciendo más café.

—Me parece —habló él— que puede servir a la revolución o a la contrarrevolución. Es algo que habría que pensar más. Mi impresión es que puede servir tanto a una cosa como a la otra...

El masónico mayor se disponía a hablar. Notó un alivio en el más joven:

—Mire —volvía a decir mientras tendía una mano reclamando un cigarrillo a su compañero—, usted piense lo que quiera, pero sería una macana para nosotros que arriba —señaló con el pulgar hacia el cielo raso, que pasó a representar el directorio—, que los de arriba usen su opinión como argumento en favor de los que piensan igual que usted.

—¿Entiende? —preguntó el más joven.

Él contestó que sí con la cabeza. Escuchaba las palabras del mayor.

—¿Cómo puede haber gente en el directorio que crea lo contrario? —hablaba hacia su compañero—. ¿No ven la realidad...? ¿Usted cree —se dirigía a él— que uno desplaza a los habitantes, pulveriza las casas, mete diez mil personas a trabajar y levanta las autopistas para que otros se sirvan de la obra? ¡No!

—¿Entiende? —volvió a preguntar el más joven y él contestó que sí, pero sin mayor convicción.

Seguía el otro masónico:

—Tanquetas, autos blindados, los accesos bloqueados con las barreras automáticas... ¿De qué revolución me hablan...? —pareció reprochar—. Usted tiene experiencia: ¿piensa que así se puede hacer una revolución?

Él afirmó por tercera vez con la cabeza. Los masónicos parecían defraudados. Volvía a hablar el mayor:

—Ah... Así que sí se puede, ¡eh...! ¡Con los trazados completos! ¡Con los accesos cerrados! ¡Con la gente que recibió una indemnización para irse y que ahora vive mejor en los enclaves con aire limpio y árboles...! ¿Usted cree que se puede?

—Habría que pensarlo —dijo cuando ya se disponían a dejar la mesa.

—Y bueno... ¡Piénselo! No lo censuro... Usted piense lo que quiera... ¡Pero no se deje usar! —dijo el mayor. Parecía rogar.

—¿Entiende? —intervino el más joven inclinándose hacia él.

Dijo que sí, que entendía que era necesario pensarlo mejor, y les dijo que pensaba pensarlo mejor, y que nunca hablaría del tema con los encuestadores que periódicamente bajaban a la obra a tabular las opiniones del personal.

Los masónicos firmaron un papelito amarillo que había dejado el mozo en la bandeja, le dijeron que estaban muy agradecidos y lo llevaron en un auto norteamericano refrigerado hasta la demolición. Al despedirse le dieron la mano y le repitieron que estaban muy agradecidos. Durante el breve viaje, el más joven lo había tuteado.

Al día siguiente le llegó a la barraca una copia de su aviso de traslado. Pasaba a revistar en la sección máquinas. Dos peones se acercaron a su cucheta para felicitarlo.

En una combi los llevaron al campo de adiestramiento. Por la mañana, hacían prácticas con las máquinas en campo abierto. De tarde les dictaban clases sobre el manejo de los manuales de operaciones y mantenimiento. Por las noches, después de la comida, tenían media hora de uso libre de las máquinas: corrían

carreras a campo abierto y practicaban partidos de fútbol entre máquinas usando un tambor de gasoil vacío a manera de pelota.

Tres ingenieros, diez técnicos, un empleado de capacitación, las mucamas, el personal de la cocina y los choferes de la combi convivirían con ellos durante todo el adiestramiento. Un psicólogo, un médico y los representantes de la fábrica de máquinas los visitaban casi todos los días: más de veinte personas ocupadas en la preparación de cinco pilotos.

—¡Es una exageración! —comentó uno de los candidatos, un japonés que había sido mecánico de remolcadores.

—¡Todo es una exageración! —dijo él y el japonés, que parecía ofendido, no volvió a hablarle en las tres semanas que duró el curso.

1976

Como todos los pilotos, debió dejar la barraca de los peones y lo instalaron en la de los capataces, supervisores y encargados de obra. Allí se dormía menos. La gente pasaba el tiempo yendo y viniendo de los bares, almacenaba cerveza en la heladera común y todas las noches se organizaban grupos para tomar y jugar a los dados y al ajedrez. No era fácil pensar en medio de los gritos de las mesas de juego sumándose a los diálogos de la televisión y al ruido de tantas puertas abriéndose y cerrándose.

Tuvo que insistirle al superior de la barraca para que lo autorizase a tener una mesa junto a su cama. El superior, un ex policía, pareció hacerse rogar por el simple placer de medir su paciencia. Cuando tuvo la mesa y contó a los masónicos el trabajo que le había dado conseguir autorización, le preguntaron cómo se las arreglaba para tolerar todo eso.

—Armarse —dijo él—, hay que armarse de paciencia.

Al superior lo irritaba verlo en la mesa preparando su informe sobre las máquinas. El tipo habría preferido verlo en las ruedas de póquer, tomando vino, mirando televisión o enfrascado en los *flippers*.

Fueron meses difíciles. Después hubo una protesta, se limitaron los horarios de juego y de entrada nocturna, y les entregaron auriculares de música funcional. Tenía casi terminado su informe

cuando una tarde, a la salida de la guardería de las máquinas, encontró a dos ingenieros esperándolo.

Traían la fotocopia del borrador de uno de sus primeros planos, lo que probaba que durante los turnos de trabajo alguien entraba a la barraca para revisar las pertenencias del personal. Los ingenieros pedían aclaraciones. Parecían reprochar que un operario de desmonte, bajo la apariencia de un informe técnico, intentara sugerir cambios en las rutinas de control y en el diseño de las derivaciones hidráulicas, pero habían recibido instrucciones de analizar el tema.

Lo visitaban al final de los turnos en la guardería. Esas tardes, él demoraba los trámites del servicio, la limpieza y la actualización de los registros de novedades para hacerlos esperar.

Los ingenieros lo interrogaban insistiendo en que su informe tenía errores, dudaban de los planos y en varias reuniones le aconsejaron que no perdiese más tiempo.

Cuando terminó el informe, los ingenieros lo revisaron y se lo devolvieron, diciendo que no valía la pena. Pero después lo citaron y le mostraron que habían preparado otro informe en una carpeta. Reconoció sus mismos planos, pero trazados con más prolijidad por un dibujante: habían mandado la copia al proveedor de las máquinas en Suecia —dijeron—, pero solo para cumplir una orden del directorio; ellos no creían que valiesen la pena las modificaciones que recomendaba.

—Van a servir nada más que para enquilombar más todavía las cosas —dijeron.

Los masónicos reían:

—¡Enquilombar más! ¡Enquilombar más...! —imitaban a los ingenieros y reían.

—Ni ven que las cosas a veces pueden enquilombarse para mejor y no siempre para peor... —decía uno.

—Como si los del directorio no estuvieran interesados en enquilombar... —comentaba el otro.

—Como si no supieran que enquilombar para mejor o enquilombar para peor siempre es mejor negocio que nada —seguía el primero.

—Y usted —le dijeron como amenazando o reprochándole algo—, no se vaya a equivocar... No vaya a creer que el directorio se agarra de su idea por las mismas razones por las que a usted se le ocurrió inventarlas...

—¡Yo ni creo ni dejo de creer nada! —descartó él.

—Si... Ya se sabe que usted no cree ni deja de creer, pero... ¡Ojo! ¡Porque la gente siempre tiende a formarse un punto de vista...!

—Porque todo el mundo tiene necesidad de formarse un punto de vista.

—Y eso los pierde...

—A mí no —volvió a descartar él. Esperaba encontrar la aprobación de sus visitantes y, efectivamente, lo miraron, se miraron, el menor hizo una serie de movimientos afirmativos con la cabeza y el más viejo la dejó quieta, manteniendo fija su mirada en la suya. Tenía ojos celestes aguachentos, algo afeados por las arrugas de los párpados y sus ojeras violetas de fumador, hinchadas.

Solían aparecer al promediar la mañana. Con frecuencia, a esas horas, algunas máquinas entraban en receso: los equipos de desmonte operaban con mayor rapidez y aunque en el sector de clasificación y evacuación de materiales siempre agregaban

personal y corregían los métodos de trabajo, seguían produciéndose embotellamientos que dejaban algunas máquinas fuera de servicio. Advertido el desfase, el piloto desconectaba la transmisión hidráulica, informaba a la central que su máquina entraría en receso y cuando titilaba la sentencia de aprobación en el monitor del tablero hacía girar la llave de control, detenía sus motores y bajaba a estirar las piernas esperando el desbloqueo de su línea de descarga.

Caminaban en círculos sin alejarse mucho de sus máquinas a la espera del "bip" que anunciaría alguna instrucción venida de la central o de la señal luminosa que emitía el sector de clasificación y evacuación para informar que ya estaban en condiciones de procesar nuevas entregas.

Por una especie de acuerdo tácito entre los pilotos, él siempre conseguía el primer turno de partida en la mañana. Por eso su máquina solía ser la primera en saturar la línea y entrar en receso. Con un gesto automático, no bien advertía el embotellamiento, teclaba la frase *out of job* en el tablero y cuando la pantalla exhibía el mensaje aprobatorio de la central, ya había desconectado el servicio de sus hidráulicos y solo esperaba la nueva señal de aprobación para girar la llave y cerrar la alimentación de los motores. Entonces todo dejaba de vibrar.

Dejaba su puesto con un naciente malestar. El cuerpo, habituado a los motores, sentía una falta y así como en el aire, en el suelo y en las paredes remanentes de las demoliciones faltaba un eco, dentro suyo sentía como si algo hubiera dejado de vivir. Al caminar, le parecía imposible controlar su cuerpo: debía girar para no alejarse demasiado de la máquina o para evitar un montículo de escombros, y necesitaba alzar el brazo derecho como

para volver a su lugar la palanca de contención de los hidráulicos del comando de dirección o cerrar el puño izquierdo apretando un volante que faltaba en el aire. Mientras, su pie izquierdo se afirmaba sobre el piso de cascotes, aplicando una presión idéntica a la que, a medio régimen de los motores, requería el embrague de tracción para mantener activa la cupla del diferencial de transmisión de marcha.

Los masónicos aprovechaban esos momentos para acercarse a hablar o, como aquel día, para bromear con el tema de las modificaciones:

—Mucho receso hoy... ¿Eh? —comentaba uno señalando a las máquinas circunstancialmente detenidas.

—Y esto va a seguir empeorando hasta que se terminen de implementar las modificaciones —decía otro.

—Aunque según algunos solo servirían para enquilombar más las cosas —añadía el otro y ambos reían.

Con sus trajes color tabaco, camisas blancas y corbatas de seda brillantes al sol, los masónicos reían y se burlaban de los ingenieros.

—Pobres tipos... ¡Quedaron entre dos fuegos!

—¿Qué fuegos?

—Dos fuegos... De un lado y del otro...

—Claro... Si los del directorio se equivocaron, están jodidos, y si usted tenía razón, están peor.

—Pobres tipos. ¡Están hasta las pelotas...!

—Dos fuegos.

—Fregados.

—Reculiados.

La risa de los masónicos llamaba la atención de los pilotos que pasaban con sus máquinas aún funcionando a pleno. Un piloto los saludó y, sin dejar de mirarlos, ejecutó una maniobra

compleja trazando un arco con su trapecio delantero mientras la máquina, soberbia, trepaba a una cornisa de cemento ubicada casi a un metro y medio por encima del nivel del piso de las demoliciones.

—¡Ya se te va a saturar la línea a vos también...! —habló él, como si el piloto, dentro de su cabina y con los motores a pleno régimen, pudiese escucharlo.

—¿Se lo decimos? —preguntó el más joven de los masónicos.

—¡Claro...! —dijo el mayor—. Oficialmente, la semana que viene van a empezar a implementar los cambios que a usted se le ocurrieron...

—¿Lo alegra eso? —preguntaba el más joven, como para registrarlo en un formulario.

No respondió. Miraba con envidia los desplazamientos de esa máquina que aún seguía en servicio y, en ese instante, se aplo- maba apoyando sus brazos telescópicos contra una columna de hormigón, mientras sus ruedas delanteras se hundían en el contrapiso de cascote indicando la magnitud del esfuerzo de los motores. Después las ruedas volvieron a aflorar de ese suelo elástico y el zumbido del motor se hizo más suave mientras los brazos telescópicos alzaban la columna que se bamboleaba y parecía a punto de caer. El masónico volvía a preguntar:

—¿Se alegra...? —Y él hizo un vago ademán con la mano, lo que significaba que no esperaba otra cosa.

—De paso... —hablaba el viejo—. ¿Podría explicarnos en qué carajo consisten esas famosas modificaciones?

Trató de resumir su idea:

—Originariamente, se trataba de sacrificar un poco los movimientos de las máquinas, aumentando su capacidad de carga. —Caminó hacia su máquina, señalándola, y siguió—. Cierta que así pierden algo de velocidad en el desmonte, pero pueden

compactar más material y transportarlo mientras esperan turno para la descarga...

Les mostró la caja de transmisión hidráulica de su máquina y los lugares donde había que hacer reconexiones y agregar un suplemento:

—Si los suecos hacen bien el suplemento va a ser fácil: en unos días se cambia todo el régimen de servicio.

—¿Y por eso hicieron tanto problema los ingenieros? —se preguntaban los masónicos.

—Es lo que no se entiende —comentó él.

—Es que es una cuestión política —opinó el viejo—. ¡Cuestión puramente política!

—Todo es una cuestión política —resumió él, y como aprobando su comentario, vio aparecer la señal luminosa de la planta de clasificación que indicaba que ya le tenían habilitado un turno de descarga.

1977

Recordó que había disimulado su entusiasmo cuando los masones anunciaron que se implementarían los cambios. A la semana de aquel encuentro, dos unidades recibieron su suplemento. Los del service, dirigidos por un sueco que no hablaba español ni inglés, se instalaron en un furgón junto a la guardería y, ostentando su colección de herramientas y equipos de trabajo, en un par de días devolvieron las máquinas modificadas. Cuando los pilotos de esas máquinas, que estaban a prueba, se cruzaban con la suya durante los desmontes, lo saludaban levantando el pulgar de la mano derecha y sacando el brazo por el ventilete lateral. Su máquina fue la tercera en pasar al service.

—¡Tercera y última...! —mintió uno de los ingenieros, que no se separaba del sueco y hablaba señalándolo, como si su cercanía garantizase la veracidad de lo que anunciaba—. Tercera y última, porque en la aduana tienen demorados los otros suplementos y nadie sabe cuándo se van a poder sacar. ¡El sueco se tiene que volver esta semana...! Así que...

El sueco lo miraba sonriendo, sin entender, y como el ingeniero volvía a señalarlo, él hizo un gesto de preocupación y simuló creer: había visto los embalajes de los suplementos, unas cajas de madera blanca, precintadas y rotuladas con un sello azul que representaba el diagrama de los nuevos hidráulicos.

Recordó que una semana después todas las máquinas estaban modificadas y trabajando a pleno. Los pilotos confirmaron las ventajas del cambio: pasaban horas sin que se les saturase la línea de desove —así llamaban a las evacuaciones de material— y decían que se trabajaba mejor. El informe del director de obra comprometía reducciones del orden del diez al veinte por ciento en los plazos y costos del desmonte.

Le enviaron fotocopias de ese informe. Una tarde, mientras un grupo de funcionarios andaba mostrando el área a los representantes del nuevo contratista español, el director de obra se apartó de esos hombres de traje gris, se metió en la nube de polvillo de escombros que rodeaba las máquinas y trepó a su estribo para saludarlo. Le habló como si se conocieran aunque nunca antes se habían visto: quizá creyó que los habrían presentado alguna vez, o quizá fuera ese su modo de tratar a la gente:

—Le dieron la copia de mi informe, ¿no? —Y cuando él dijo que sí y se disponía a bajar el régimen de los motores para oírlo mejor, el hombre le gritó—: ¡Ahora usted es Gardel! Va a hacer carrera...

Se había ido tambaleando entre los escombros, medio encorvado y tratando de sacudirse el polvo de las mangas del saco. Era un cincuentón con la piel muy arrugada, cuarteada por el sol o por algún defecto constitucional, que le daba el aspecto de campesino o marinero.

Tiempo después lo exoneraron con un pretexto, para dejar su cargo libre al subdirector de obra, un ingeniero joven de quien se dijo que el directorio estaba comprometido a "inflar" porque acababa de casarse con la hija de una actriz que era amante o amiga íntima de un jefe de Marina. Los técnicos y los supervisores decían que era una injusticia. Él no opinó: de aquel hombre solo podía evocar una piel como de cuero mal trabajado y la frase a los gritos que lo comparaba con Gardel.

Recordó que el encuentro se había producido a fines de 1977. Por entonces debían despejar un área de manzanas muy densas y de construcciones recientes. Había algunos edificios muy altos, todos de hormigón; alguno de ellos ni había llegado a inaugurarse: los habían planeado, los habían construido, habían terminado sus instalaciones y detalles, y antes de que la primera familia llegara a ocuparlos, habían librado la orden de expropiación y estaban en vísperas de demolerlos.

Para algunos, esto era "una picardía". Así se dijo. Él pensaba que cada uno de esos edificios nuevos, todos de hormigón, tan altos y con tantos materiales nuevos que requerían una recuperación cuidadosa y lenta, eran un obstáculo al avance del despeje urbano que solo servía para empeorar las estadísticas de rendimiento de la obra.

Recordaba la fecha por su proximidad con el 8 de diciembre —fiesta religiosa—, pues casualmente ese día debieron desmontar una iglesia enclavada en el área. Aunque su construcción de ladrillo blando prometía un trabajo rápido, el patio contiguo al templo había sido objeto de una instrucción de resguardo histórico, lo que delegaba el desmonte del piso de mosaicos —unos rectángulos irregulares de cerámica colonial— a una cuadrilla de trabajo manual.

Pasaron horas formando guardia, con los motores detenidos, a la espera de que los peones manuales terminasen de encajonar mosaicos en los canastos de la sección municipal de museos. Cuando el último peón de la cuadrilla se retiró del área y autorizaron a retomar el trabajo, tenían frente a sus máquinas los doscientos metros cuadrados de contrapiso de piedra y cemento y faltaba poco para la finalización del turno: una tarde perdida.

Recordó que la mañana siguiente había comenzado su entrenamiento un nuevo auxiliar de piloto. El muchacho egresaba del curso en el campo de capacitación. Se lo presentaron en la guardería diciendo que había sido el mejor de la promoción y que debían adiestrarlo como piloto de reserva, para cubrir las licencias o eventuales traslados de alguno de los pilotos del plantel.

Lo hizo sentar en la butaca del acompañante y camino al área que debían despejar le relató la espera de la tarde anterior y la irritación de los pilotos por la morosidad de los desmontadores manuales. Llegados al contrapiso de lo que fuera el patio de la iglesia, puso a prueba al muchacho:

—¿Cómo desmontarías esto, vos?

Discutieron alternativas. El auxiliar se inclinó por la que recomendaría cualquier manual de operaciones: elegir el borde más largo del perímetro del patio, calar horizontalmente por debajo del contrapiso con la azada mecánica y desbastar la superficie en terrones levantándola con la pala hidráulica, como lo haría un bulldozer convencional.

Él dijo que esa era una buena receta para levantar una calzada de cemento, pero que la antigüedad de esa construcción pronosticaba un fondo desparejo y que, en tales casos, convenía cortar la superficie en panes, usando los martillos neumáticos, desbrozar los panes con los pisones mecánicos y después acumular el material con la pala hidráulica antes de preprocesarlo en las tolvas. Como el auxiliar insistía en su recomendación, le propuso:

—Dividimos el patio en mitades, yo hago la primera parte con la técnica de corte, después vos hacés tu mitad como vos quieras y después comparamos.

El muchacho admiró durante una hora su dominio de la máquina. No habló, solo escuchaba sus comentarios cada vez que por alguna razón se apartaba de la pauta de trabajo y a veces tomaba notas en su libreta. Cuando habían desmontado la mitad del patio y tomó el comando de la máquina, el muchacho decidió continuar el trabajo con la misma técnica:

—Seguro que vos tenías razón... —dijo.

Él aprovechó su puesto en la butaca lateral para fumar un cigarrillo sin interrumpir el trabajo del muchacho con comentarios ni recomendaciones. En teoría, el auxiliar dominaba todas las posibilidades de la máquina, pero una cosa es la teoría —la ilusión de idoneidad que se adquiere en el campo de capacitación— y otra es el conocimiento logrado al cabo de pasar meses despejando manzanas.

Fumando y vigilando los indicadores del panel de instrumentos, imaginaba que, a la distancia, cualquier observador, aunque ignorase las técnicas de manejo, advertiría diferencias entre el desempeño de la máquina a cargo del muchacho y el que habría observado rato antes, cuando él desmontaba su mitad del patio. Las maniobras habían perdido esa suerte de gracia en el despliegue de puntales, palas y martillos neumáticos, por la que cada operación parece una consecuencia lógica del movimiento anterior, un instante en el tiempo ocupado solo para anunciar, armónicamente, el desplazamiento mecánico que habrá de sucederlo.

En manos del novato la máquina parecía dudar, vacilar a veces, otras temer a la materia del contrapiso y siempre estar a punto de perder el control de unas fuerzas que por momentos parecían flaquear y en otros se dilapidaban en un estrépito de metales, gases de escape y derrames desordenados de piedras y escombros.

Recordó que esa mañana, mientras el auxiliar ponía a prueba la capacidad de carga de las palas hidráulicas, había visto unas formas blanquecinas deslizándose por la columna de escombros hacia las tolvas. ¿Raíces? Pensó que serían raíces, pero poco después, cuando unas esferas también blancas cayeron rodando de uno de los montículos de escombros, el muchacho gritó:

—¡Cabezas! —Y él entendió que había querido decir cráneos y advirtió que habían estado pisando cráneos y huesos de lo que debió haber sido un cementerio cubierto durante siglos por aquel patio colonial.

Interrumpieron el trabajo para inspeccionar el área: había huesos, fragmentos de madera podrida y restos verdinosos de cajones y tumbas. En un hueco, se destacaba el enrejado de un tórax intacto, junto a dos cráneos amarillentos con las cuencas de los ojos llenas de la tierra y el polvo de ladrillo que se les había metido al rodar, empujados por la pala mecánica.

El auxiliar insinuó que debían dar cuenta del hallazgo al supervisor. Él lo convenció:

—Eso vale en teoría, pero en estos casos siempre conviene hacerse los boludos —dijo y explicó que bastaba informar un hallazgo así para que el supervisor enviase un memo a la central y suspendiera los trabajos hasta la recepción de nuevas instrucciones: podían perder el resto de la mañana y hasta un día entero de trabajo, y como los mosaicos del día anterior lo probaban, corrían el riesgo de que alguien asignara valor histórico o cultural al cementerio para que toda el área quedase bajo el control de las cuadrillas de desmontadores manuales, que demorarían una eternidad.

Recordó que al día siguiente debió alegrarse al advertir que el muchacho había aprendido la lección. Había una máquina trabajando en tándem con la suya. Volteando un muro, el otro piloto vio que al caer arrastraba con él parte de los cimientos de la iglesia recién desmontada: los cimientos, que eran unos travesaños como durmientes de quebracho, habían estado techando un foso de cinco o seis metros de profundidad.

Lo inspeccionaron. Parecía una capilla y la máquina estuvo a punto de caer ahí. Si eso hubiera ocurrido, el trapecio del tren delantero y, con él, todo el sistema de tracción se habrían inutilizado. La prudencia del piloto, que trabajaba apuntalado por los brazos de sostén lateral, había salvado la máquina y, tal vez, su propia vida. El foso era un obstáculo para el trabajo. Tenían —dijeron— la sensación de que en cualquier momento una cavidad semejante oculta bajo los montículos de escombros que las máquinas pisaban sin temor podía llegar a abrirse y devorarlas. Decidieron inspeccionar. El piloto que había estado a punto de despeñarse propuso dar parte al supervisor para que enviase una cuadrilla de inspecciones. El auxiliar preguntó si no convenía que se hiciesen los boludos.

Le preguntaron a él:

—Y vos, Gardel, ¿qué recomendarías?

Él dijo que pensaba que era tarde para omitir un informe al supervisor porque ya habrían detectado sus máquinas ociosas alrededor de un punto de la obra. Pero la pregunta exigía una respuesta diferente y, casi sin pensarlo, dijo que había que reportar que encontraron un "pozo", sin mencionar ni las palabras "foso" o "capilla", ni la palabra "subterráneo". En ese caso, lo más probable sería que el supervisor les diese orden de llenarlo de escombros y de seguir adelante con el despeje del área.

Pero el supervisor prefirió inspeccionar el sitio. Se hizo llevar linternas, llamó a un asistente para dictar su informe y bajó al foso seguido por los pilotos. En el lugar encontraron restos de mármol y maderas y un entrepiso que habría sido el altar. A la luz de las linternas reconocieron dos arcos ojivales revestidos con el mismo tipo de ladrillo que habían visto en la iglesia. Los arcos, ya inclinados, tendían a unirse en el centro de una suerte de bóveda. Justo en ese lugar faltaban los tablonces que habían hecho las veces de cúpula. En los extremos de la bóveda se abrían dos túneles. El más estrecho se curvaba hacia el oeste pero se interrumpía contra la masa de escombros de la demolición de la iglesia.

El otro, de unos dos metros de ancho, bajaba hacia el este con una marcada pendiente. A instancia de los pilotos, el supervisor decidió recorrerlo. Avanzaron con lentitud. Faltaba el aire. Cada diez o quince metros el túnel se ensanchaba formando bóvedas semiesféricas. Allí la pendiente se interrumpía, el piso de dura tosca había sido alisado y las paredes parecían revestidas con cal. Las primeras bóvedas estaban vacías. En la tercera había barriles y estantes de madera semipodrida que habrían servido como almacenes. En la siguiente, unas rejas de hierro oxidado formaban dos celdillas a ambos lados del pasillo central. En otra había azadas, palas, picos y varios remos de madera dura y ennegrecida. En la última bóveda que recorrieron había canastos: todos se deshacían al tratar de alzarlos. Una materia pegajosa empastaba el entretejido de mimbre. Faltaba el aire: habían recorrido más de cien metros y nada indicaba que el túnel pudiese concluir alguna vez. En la bóveda de las canastas el supervisor pidió a los pilotos que calculasen cuánto habían descendido. Alguno dijo veinte metros, otros coincidieron en treinta metros, él calculó que habrían descendido poco más de cincuenta metros y desde

la zona que no alcanzaba a alumbrar la linterna alguien dijo que más de cien. El supervisor decidió volver llevándose de recuerdo un par de remos. Otros tomaron palas y picos y él vaciló antes de descartar una guadaña que de nada podría servirle.

Cuando llegaron a la capilla la luz del cielo los encandiló. Por un instante, se vieron azules: era el cielo reflejado en sus caras. Estaban sucios: tenían los uniformes tiznados y las manos y las caras cubiertas por un hollín aceitoso, color sepia. Al subir, el supervisor y otros pilotos depositaron en el suelo sus recuerdos. El pico que uno había llevado tenía la madera reseca y la cruz se había convertido en una quebradiza medialuna de óxido.

Era el turno de almuerzo y fueron a cambiarse en las duchas de la guardería. El encargado de la guardería les prestó un frasco gigante de champú de mujer. La canaleta de cemento se colmó de espuma rojiza y estuvo un largo rato drenando la mugre que habían absorbido los pelos de los pilotos y el auxiliar. La grasitud de las manos fue lo más difícil de eliminar: usaron pomos de detergente succo para cárteres y pasaron minutos fregándose y puteando. La sensación de bajar y bajar interminablemente y la falta de aire eran lo más difícil de olvidar. En el medio del vapor de la sala de duchas, unos trataban de imaginar hasta dónde llegaría el túnel: tendían a pensar que acabaría comunicándose con los túneles del centro, que habían descubierto cuando las construcciones de los pasos subterráneos y que habían vuelto a aparecer en las excavaciones de los primeros tramos de la autopista. Otros se preguntaron para qué los habrían cavado. Un piloto, católico, dijo que se habían hecho en tiempos de las invasiones de indios, o de ingleses, para defender la ciudad. Otro dijo que la creencia de que los túneles unían conventos para faci-

litar encuentros de curas y monjas era una boludez porque no hay mina, por monja que sea, que justifique semejante trabajo. Él calculaba los metros cúbicos de ladrillo y las horas hombre que habrían requerido los cien metros de túnel que acababan de ver. Miraba los cuerpos desnudos que seguían manando espuma sucia y pensaba en las minas de carbón de Inglaterra preguntándose cómo serían las máquinas que en las nuevas excavaciones abren y apuntalan los túneles, sin interrumpir el envío de mineral a los furgones que los llevan a la superficie.

Recuerda que estaban sirviéndoles el almuerzo cuando les dieron la noticia de que se habían suspendido las demoliciones. Los pilotos miraron al auxiliar: era su primer día en el trabajo y por primera vez las máquinas quedarían detenidas en la guardería, sin siquiera comenzar el turno. Hablaron de la gente que trae suerte o mala suerte. El auxiliar lo consultó con la mirada. Uno dijo que habría que evitar relacionar a una persona con cualquier desgracia que sucediera, porque si a alguien se le crea fama de "mufa" después siempre resulta fácil atribuirle cualquier cosa que pase, pero no terminaba de explicarse: parecía querer decir que si a alguien se le hace fama de "mufa" con el tiempo se convierte en causa de desgracias. Discutían sobre la existencia de un "magnetismo negativo". El muchacho había dejado de comer y volvía a consultarlo con la mirada. Él no opinó. Mientras los otros discutían, pensaba en el túnel y en todo lo que el túnel venía a recordarle: ella, la oscuridad, el tiempo como algo oscuro y descendente, el aire irrespirable, el eterno descenso. Aquel capítulo de lo que fue su vida —cómo fue a dar ahí, cómo después de tanto acabó así, enredándose con ella, aquellos diálogos— parecía representado por la imagen de la

capilla, sus túneles, el largo camino descendente, sus rítmicas dilataciones, sus depósitos inexplicables, el sedimento sepia y pegajoso que los años habían depositado sobre esos restos de vida ocultos bajo la tierra y que todos, aún, sentían que se les habían pegado al cuerpo.

Como las galerías y las bóvedas, aquellos días permanecían en su memoria, pero podrían faltar como estarían faltando esos lugares bajo la tierra si una pared al derrumbarse no hubiera arrastrado con sus cimientos las vigas que techaban un resto del pasado, otro fondo también inútil aparecido para puntuar los trabajos del presente con una pregunta, antes ignorada, que ahora, formulada a la luz, seguirá siempre esperando una respuesta.

Recordó que los cinco pilotos habían decidido pasar la tarde juntos. Estuvieron un rato rondando en las cercanías del foso: habían llegado autos de policía y un furgón con bomberos que habían pasado el mediodía probándose máscaras de oxígeno y uniformes de incendio y revisando los grupos electrógenos y el cableo con los que pensaban iluminar los túneles.

Reconociéndolos como pilotos de la obra, un oficial de bomberos los invitó a bajar con ellos. Prefirieron quedarse allí, esperando noticias. Pero no hubo noticias; bajaron a la capilla con cables y lámparas de cuarzo y a la media hora de internarse en el túnel seguían oyéndose sus voces. Pronto volvieron a la luz: no habrían ido más allá de la tercera o cuarta bóveda. Los primeros en salir no hicieron comentarios, parecían convencidos de estar guardando un secreto. Al rato, el jefe trepó jadeando por la escalera. Traía las duelas de un barril que habían roto entre todos y dijo que al abrirse los había "apestado de olor a vino".

—¡Seguro que tenían escondido vino para la misa! —dijo y rió sin dejar de jadear. Invitó a los pilotos—: Vengan... ¡Siéntanle el olor...! —los señalaba con un ramo de maderas podridas.

Pero los pilotos ni se acercaron. Esperaban que se reunieran los bomberos con los policías y la gente de la dirección de obra que seguía llegando para saber cuándo podrían retomar el trabajo. Al ver que seguiría demorándose, mandaron al auxiliar a comprar cerveza y subieron a beberla en el último piso de un edificio nuevo que pronto comenzarían a desmontar.

Recordó los ascensores flamantes de aquel edificio: ya tan inútiles como las placas de mármol que revestían las escaleras hasta el último piso. Recordó el último nivel del edificio: la altura de un decimosexto piso y, encima, un tanque de cemento semivacio.

Recordó la imagen de la ciudad vista desde lo alto del tanque: fue una de sus primeras visiones de la ciudad limpia, sin humos. En esos días, ya había entrado en vigencia la prohibición de incinerar basura. Rastreaban la ciudad comitivas de inspectores verificando que los edificios tuviesen compactadoras de residuos o que, en su defecto, tuviesen anuladas las calderas incineradoras. Con esas medidas se preparaba la privatización de la recuperación de basura —un objetivo de gobierno— y al mismo tiempo libraban a la ciudad de esa campana de hollín que hasta entonces la sobrenadaba y que, aunque solo era visible desde las afueras, o desde el medio del río, todos los habitantes debieron inhalar durante décadas. Ahora la reemplazaba una cúpula de aire

limpio y parecía que en cualquier momento sería posible respirar su olor.

—¡Miren! —gritó a sus compañeros señalando el centro de la ciudad.

—¿Qué? —preguntó uno, pero enseguida todos miraron hacia la cúpula del cielo. Era una tarde clarísima y al limpiarse el aire era como si hubiesen agregado un cristal pulido, enfocando los altos edificios de la zona bancaria y comercial.

—Pensar que antes teníamos que respirar aquella mierda... —dijo un piloto que había vivido siempre en Buenos Aires.

Otro —un tucumano— dijo que a los que más iba a beneficiar era a los empleados, y como nadie comprendió, explicó que a él le parecía que los empleados, que deben vestir traje y corbata, habitaban el centro de la ciudad y hasta entonces habían vivido en "guerra permanente" —así dijo— con el hollín que les arruinaba los cuellos de las camisas.

—Cierto —dijo él, pero de inmediato pensó que era probable que la mayoría de los empleados viviese ya en los suburbios y usase camisas grises o celestes, más fáciles de limpiar, o menos sensibles a las marcas de hollín. Iba a argumentar cuando oyó decir:

—¡Y pensar que esto es obra de Perón...! —Era una voz afónica.

—¿Qué Perón...! —le contestaron—. ¡Si la ley la hizo este gobierno para armar un negocio con la basura para el relleno de la costa...!

—No —dijo el otro—, es obra de Perón o de López Rega... ¡No se acuerdan que él empezó...! —Y para sostener su opinión, cantó los versos de una publicidad del Ministerio de Bienestar que, en tiempos de López Rega decía: "Todo lo lindo es más lindo limpiito... limpiemos esta ciudad".

Varios recordaron el *jingle*. Tararearlo era una forma de darle la razón.

—Pero el plan de autopistas sí que es una obra de este gobierno —argumentó uno.

—Sí —dijo uno que había cantado el *jingle*—, pero si Perón no se hubiera muerto lo habría hecho mejor.

El auxiliar, que había subido corriendo los quince pisos, asintió con la cabeza y empezó a repartir latas. El sol del atardecer picaba todavía cuando empezaron a abrirlas, y las ganas de tomar y vaciar de un trago las latas de cerveza eran, tal vez, una manera de celebrar la tarde libre, el aire limpio y el cielo despejado. Sentados en el piso de la terraza, bastaba inclinar un poco la cabeza para ver la rueda de pilotos bebiendo contra el cielo. Solo se veía eso: la pared de hormigón gris del tanque de agua, el piso de baldosas, el aire puro y todo el cielo alrededor.

Recordó vagamente imágenes y frases de aquella última reunión con los pilotos. El auxiliar había bajado dos veces a buscar cerveza. Tomaban apurados, como empujados por el sol, la sed y las ganas de vaciar rápido las latas de aluminio —tan livianas— para dejarlas caer desde lo alto. Tirándolas al norte, no bien se apartaban un poco de la pared del edificio, las ráfagas de viento oeste las hacían volar y caer lentamente en la tierra de nadie que separaba los edificios recién erradicados del área por donde venía avanzando la demolición. Al día siguiente aplastarían esas latas con las ruedas de tracción de sus máquinas y tarde o temprano acabarían mezcladas con tierra y escombros, y sus inscripciones en alemán y portugués se apagarían por fin en la oscuridad compactada del fondo de las tolvas.

Recuerda que, al cabo de la cuarta o quinta lata bebida, una especie de vértigo o mareo se empezaba a mezclar con el asombro de verla caer retenida por el viento. Recordó que por momentos podía dejarse ganar por aquel vértigo y que bastaba respirar una bocanada larga de aire mirando hacia el cielo para recuperar el bienestar. Tal vez, por instantes, algo faltaba: callaban los pilotos, decrecía el viento o cesaba una racha, ya no zumbaban los cables ni se oían las voces y el silencio era un fondo vacío donde faltaban el ruido de las máquinas y el eco de la obra:

—¡Si parece domingo!

—O sábado —le dijo uno—, son iguales los dos, sin ruido.

Recordó la imagen del sol agrandado y rojo, poniéndose, y una frase escuchada:

—Miren: ¡ya remarcaron otra!

Recordó las miradas, buscando entre las manzanas próximas la mancha azul de la bandera que indicaba que una nueva manzana había sido erradicada. Más al oeste, se veían manzanas aún habitadas y, a su alrededor, calles donde esperaban los camiones verdes mudadores y los micros naranja dispuestos para llevar nuevos erradicados.

En contraste, hacia el este, se veía, lejos, la tela marrón del Río de la Plata y, como si tratase de acercársele, una línea uniforme de cuarenta manzanas despejadas y planas, cercadas con alambres.

En algunos lugares habían empezado a armar los campamentos para el personal que estaban contratando.

Recordó un diálogo, un reproche:

—Vos nunca venías a hablar con nosotros... —La voz de borracho decía que los pilotos siempre se juntaban a hablar, que iban juntos a los *slippers*, a las carreras, con mujeres y a la parrilla de la costanera y que él nunca los acompañaba.

—Cuando era joven —había dicho él—, yo siempre iba a un bar.

—¿Y ahora qué sos? —dijo otro y gritó—: ¡Miren a este boludo diciendo "Cuando era joven..."!

—¿Cuántos tenés, Gardel? —le preguntaron.

—Ya casi veintiocho... —contestó y repitió, como hablando para sí mismo, que cuando era joven siempre iba a un bar.

—Es que este andaba en la revolución —dijo el piloto que había sido universitario y conocía la jerga.

—¡Quién no lo sabe! Había tantos que estaban en la revolución y miralos ahora —hablaba otro.

—¿Ahora qué? —preguntó él, parándose.

—Y ahora... ¡Nada! ¿O acaso estás haciendo la revolución?

De pie, señaló con el brazo hacia el este, después giró y señaló primero el norte, donde estaban los edificios del centro de la ciudad, y después al cielo del oeste, donde se ponía el sol entre las zonas a erradicar que estaban preparándose para las siguientes semanas.

Recordó que estaban muy borrachos y que cantaron la marcha peronista agregándole el estribillo "Gardel Gardel / Vos demostrés / de los pilotos sos campeón / Revolución / Revolución".

El sol estaba terminando de ocultarse cuando dejaron el edificio. Bajaron la escalera con dificultad. Los pisos bajos estaban a oscuras y ellos cantaban y se gritaban "revolución hidráulica".

Recordó que aquella tarde había tenido ganas de acompañarlos.

—Che, Gardel, vení al queco con nosotros... —lo invitaron. Llamaban "queco" al prostíbulo.

Dijo que no: no tenía ropa. En la barraca, los pilotos habían conseguido roperos de metal donde guardaban los trajes, las camisas y los zapatos de salir que se habían comprado. Una o dos veces por semana se vestían así y, como si fuesen funcionarios de la compañía, iban a los prostíbulos que se ponían de moda entre los jefes y los supervisores. Como él no iba al prostíbulo, no había comprado ropa ni había reclamado ropero. Dejaba la mayor parte de los billetes de sus sueldos dentro de un libro que había sido de ella.

Esa noche cenó en la barraca con el aprendiz. Se bañaron, se afeitaron y comieron, y cuando cerca de las doce volvieron los pilotos, tan borrachos como al atardecer, ellos seguían sentados frente a su mesita, donde habían vaciado una docena de latas de cerveza comparando el antiguo diagrama de los hidráulicos de transmisión con el actual modificado, tratando de pensar y calcular maneras de perfeccionarlo.

No recuerda si fue aquella noche o la de la siguiente salida de los pilotos, pero recuerda que estaba con el auxiliar tratando de traducir un catálogo sueco —escrito en inglés—, y en un momento el muchacho habló y dijo "yo", y al oírlo decir "yo" tuvo la certeza de que estaba pensando en reemplazarlo y que tal vez pronto él tendría otro destino y que seguramente debería dejar aquella barraca.

Recuerda que recordó tan en detalle la semana de las vísperas de su ascenso porque alrededor de la evocación de aquellos días rondaba siempre un aura de malestar o miedo. Era un miedo evocado, un temor que no terminaba de descubrirse pero que estaba allí, envolviéndolo, como el olor del humo y la ceniza

rodea al que fuma sin que él mismo, saturado por su hábito, llegue nunca a advertirlo.

Ahora, al recordar, recuerda el miedo: un miedo vago. ¿Miedo de qué? ¿O a qué? Recuerda que las primeras veces que llamó miedo a esa sensación que lo rondaba pensó que era miedo a que, por separarse de la máquina, dejase de pertenecer a la obra.

Aquellas semanas no lo advertía, pero aunque cualquier destino que le asignasen se referiría a la obra, separado de sus máquinas la obra ya no sería la misma para él. Por entonces, ya estaba convencido de que la máquina no era solo un instrumento de trabajo suyo sobre la obra, sino también el instrumento de un trabajo que la obra venía realizando sobre él, sobre sí.

1978

Catálogos de máquinas, bosquejos de los arquitectos y de la bella paisajista, cálculos de ingenieros, planos, diagramas de ejecución de obra, gráficos y cronogramas ilustrados: todo lo que tenía frente a sí eran fragmentos mudos de la obra.

A veces el silencio le resultaba insoportable. Le habían anticipado que al comienzo el silencio de los estudios le parecería insoportable, pero pasaba el tiempo —habían pasado meses— y seguía sintiéndolo bajo la tenue superficie de música funcional y el flujo del aire de los acondicionadores moviendo las cortinas. Ni melodías, ni viento: parecían figuras puestas solo para destacar la intensidad del silencio de fondo. Y abajo, veinte pisos debajo de esos estudios de la torre del puerto, se divisaba, chato, el silencio de la ciudad.

Se veía el trazado de las autopistas y el tránsito en los tramos recién inaugurados: autitos rojos, amarillos y negros, combis multicolores y algunos camiones de obra circulaban por allí, pero los blindex de las ventanas de su estudio no registraban siquiera una vibración.

Se veían personas: insectos lentísimos, despegándose de alguna esquina o cruzando las avenidas en camino hacia las bocas del subterráneo y las playas de estacionamiento. Pero eran hombres y mujeres vestidos de oficina, casi siempre sin niños, y pocas veces agrupados de a dos o de a tres, que iban en la misma dirección.

Mirándolos, no era posible atribuirles más ruido que el roce suave de sus pasos, elásticos por la mañana, cuando se encaminaban hacia los edificios de oficinas, y agobiados por el esfuerzo de volver desde el mediodía y durante la tarde.

Imaginó que sería posible filmarlos y montar las secuencias de sus entradas y salidas del alcance del ventanal, dotando de un simulacro de armonía y sentido el movimiento de esas formas humanas comprimidas y silenciadas por la perspectiva.

¿Qué sonido animaría el conjunto? Ni vibración, ni retumbar, pensó. Tal vez la asimilación de todos sus latidos en un pulso unísono, ahogándose o apagándose gradualmente.

O la superposición del ritmo de todos sus relojes, ahora que, con el comercio invadido por productos japoneses de cristal de cuarzo, estos tictacs eran los últimos que la ciudad escucharía.

La medida del tiempo fue lo peor de aquellos meses. Lo habían trasladado a aquel estudio concediéndole apenas un par de días para comprar ropa de oficina mientras se familiarizaba con el departamento donde viviría en lo sucesivo.

La línea de producción se había desdibujado. Ahí estaban, en su reemplazo, los bocetos, los diagramas de ejecución de obra, las carpetas de planes y los planos enrollados que tendría que revisar cada jornada.

Pero el tiempo había dejado de sucederse como una recta apenas interrumpida por episodios fuera de control y se había convertido en un haz de líneas sinuosas que se extraviaban en cualquier dirección.

Ir y venir de la mesa de reuniones al escritorio y desde su sillón a los estantes para consultar manuales, carpetas y portaplanos ocupaba la mayor parte de un trabajo destinado a imponer un

orden a todo aquello que, por su naturaleza, resistía cualquier fuerza que no fuese capricho del azar de cada momento.

—Para eso está, para eso lo pusieron aquí, a usted... —dijo uno del último piso al finalizar una reunión. Hablaba como quien consuela: debió haber interpretado alguno de sus comentarios en el encuentro como si hubiese sido una queja. Pero él no recordaba haberse quejado. Es más: recordaba haber hecho esfuerzos para simular conformidad, y no porque quisiera halagar a los jefes presentes en la reunión, sino para evitar que los otros —dos arquitectos y la paisajista, que trataban de convencerlos de las ventajas de un proyecto dudoso— encontrasen una fisura en la opinión de la compañía y la aprovecharan para sumar argumentos en favor de algo que solo podía favorecer a los proveedores.

"Pero... claro: todo no se puede...", pensó después de que los visitantes se retiraron.

Tampoco esa vez pudo evitar sentirlo como una suerte de consuelo.

"¿Qué es todo?", se preguntaba. Tal vez se equivocara, pero estaba seguro de que para muchos de los funcionarios de su piso, igual que para la mayoría de los jefes instalados en el piso veintidós, la idea de "todo" no alcanzaba más allá del cheque y la planilla de liquidación de sueldos que recibían en vísperas de fin de mes.

Para ellos, pensaba, cada reunión, cada fatigosa negociación con proveedores ansiosos por vender sus propuestas, los millares de consultas a agendas, planos, proyectos, carpetas de trabajo y listados de costos, entradas y salidas a estudios y despachos vecinos, visitas a plantas o a obras, discusiones con inspectores de

gobierno y seminarios de capacitación eran las ínfimas partes de un todo y, como el sueño de cada noche, el cheque vendría finalmente a mitigar el pequeño dolor que cada una habría producido.

El todo no podría ser apenas eso: un pago. Tampoco más que eso. Algo distinto, tenía la certeza de que sería. "¿Pero qué?", se preguntaba, eludiendo la tentación de pensar que tal vez todo significase nada. Hubiese preferido escribirlo. Pero era algo difícil de escribir, algo que si alguna vez apareciese mecanografiado con las nuevas IBM de los estudios no se diferenciaría mucho de las anotaciones sin sentido de un estudiante.

—Vos pensás así porque no tenés hijos... —le dijo el jefe de Sistemas.

En la torre del puerto era el único con quien podía comentar estos temas. Era joven, no tendría más de veinticinco años, pero ya estaba casado. "De apuro", contó. Tenía dos bebés. Hablaba siempre de sus bebés. Había llegado a la compañía para instalar un servicio de computadoras, enviado por los norteamericanos que habían ganado la licitación de proveedores, pero cuando el sistema comenzó a funcionar, decidieron incorporarlo a los estudios porque no pasaba día sin que tuviesen que consultar a un técnico. Se perdían datos, a veces las pantallas de las terminales se llenaban de signos indescifrables, y otras la máquina central, ubicada en el cuarto piso, no respondía al comando de los teclados dispuestos en las otras áreas del edificio.

—Son errores humanos... —decían los fabricantes, atribuyendo el problema al personal antiguo que se resistía y demoraba su adaptación a las nuevas técnicas.

Pero no había personal antiguo. La compañía había iniciado

su actividad hacía un par de años, y los funcionarios que repentinamente encontraron teclados y pantallas verdes sobre sus escritorios los tomaron como un privilegio y, entusiasmados, se inscribieron en todos los programas de capacitación. Se quedaban hasta medianoche ejercitándose en las nuevas formas de trabajo en red y hablaban con entusiasmo en una jerga que solo ellos comprendían, sin sospechar que esas palabras recién aprendidas y pronunciadas con orgullo pasarían de moda tan rápido como los grandes paneles transformadores y almacenadores de datos y las enigmáticas unidades centrales de proceso que se interconectaban en un salón hermético, de atmósfera presurizada, inaccesible para todos excepto para esa elite de media docena de hombres de guardapolvos. Eran los operadores: parecían cirujanos y cuando alguien se presentaba ante el cristal de sus cabinas para reclamar auxilio o explicaciones por alguna falla, saludaban moriendo los labios, sin emitir sonido, con la soberbia de quien sabe que no lo escucharán y que si lo escuchasen, igualmente, hablarles sería tiempo perdido.

El jefe de Sistemas, que ocupaba un estudio y evitaba usar los odiosos guardapolvos, los miraba apenado:

—Pobres muchachos... —solía decir y anticipaba que, no bien llegase una nueva generación de equipos, esas máquinas, que eran escudo de su soberbia, los arrastrarían con ellas a su destino de obsolescencia.

Aprovechando los intervalos de mediodía, compartían caminitos por la zona del puerto. A veces almorzaban en una pequeña pueblita que atiende a camioneros y marinos de paso. De las mesas vecinas llegaban diálogos en ruso, chino o coreano, en dialectos árabes y a veces en inglés. A diferencia de los bares,

restaurantes preferidos por los jefes y la mayoría de los técnicos de los estudios, donde siempre habría un oído atento a registrar indicios de disconformidad o chismes que orientasen sobre novedades de la compañía, allí podían hablar sin riesgo de que sus nombres se agregasen al anecdotario de las pequeñas pujas entre áreas y bandos de la empresa.

Se burlaban de la división entre los que el personal llamaba "caballeros" —los masónicos— y los "damas", que pertenecían al Opus hispánico.

Ninguno de estos grupos parecía interesado por reclutar miembros: la clave de su protagonismo era, justamente, su carácter sectario y exclusivista. Pero tanto los damas —que eran más fuertes entre los directores, por cuanto el principal o único aporte de capitales procedía de intereses del Opus europeo— como los masónicos trataban de ganar simpatías entre jefes intermedios y técnicos, como si alguna vez sus diferencias fueran a zanjarse en una votación del personal.

—Damas y caballeros son iguales... —coincidían en los almuerzos. Habían dado crédito a una versión que explicaba que unos y otros se necesitaban porque, mientras los damas eran indispensables para mantener tranquilos a los principales accionistas, todos necesitaban de los masónicos porque tenían más influencia en el gobierno del país. No valía la pena preguntarse por qué sería más permeable a la influencia de los masónicos un gobierno de militares católicos que decían alinearse en el sector más tradicional de la Iglesia.

—Puede ser por costumbre... —dijeron, y eso fue en una época en la que usaban la expresión "costumbre" para explicar todas las cosas que sin responder a una causa evidente, se cometen por su accionar en un obstáculo para el trabajo diario. Decían "costumbre" era como decir "lo irracional".

Cuando el jefe de Sistemas le contó que en la licitación que había impuesto esos equipos otros proveedores habían ofertado precios y condiciones parecidas, destacando en sus carpetas el compromiso de que sus sistemas estaban a prueba de las fallas que atormentaban a todo el personal, le preguntó por qué habían elegido la IBM, y cuando le escuchó decir que habían decidido "por costumbre", comentó:

—Yo no me puedo acostumbrar a la costumbre...

El otro lo festejó como un chiste. Pero no había querido hacer un chiste. Rato antes había estado pensando en la exageración y en lo desmesurado que nunca llega a explicarse.

Por el estudio circulaban publicaciones europeas y norteamericanas que traían noticias sobre saqueos de casas y violaciones de mujeres perpetrados en el curso de operaciones antiguerrilla. Era tan poco comprensible la imagen de un atlético capitán interrumpiendo su tarea de inteligencia o de represión para violar a una muchacha que tal vez fuera fea, como la de oficiales de buenas familias y dueños de una fortuna personal que se demoraban robando el reloj de péndulo de un departamento allanado por un error de información.

—Se hace costumbre, se van acostumbrando a eso... —dijeron, y debieron esperar años hasta comprender que así en la guerra como en los negocios y en la vida en general las cosas que se hacen por costumbre o contra lo que la lógica haría recomendable, si se triunfó, deben computarse entre las causas de la victoria.

—Sabés cómo se llaman estos árboles...? —preguntó.

Caminaban por el puerto. Era un mediodía de otoño, y no se habían alejado más de mil metros de la torre de oficinas. Sin embargo, cruzando la playa de *containers* vecina a la parrilla, se encontraron en un terreno baldío.

Esa tierra de nadie entre dos ramales de ferrocarril desactivado hacía un par de años se había convertido en una muestra de vegetación pampeana que crecía salvajemente.

—Son semillas que vienen con los camiones... Donde encuentran una oportunidad, brotan... —había dicho el jefe de Sistemas.

Él estaba pensando lo mismo: miraba unas espigas verdes pensando que debían ser trigo, pero también podrían ser cebada o centeno: algo difícil de distinguir en la ciudad. Brotaban agrupadas en una franja de tierra no mayor que un jardín de casita de barrio. "Pero —pensó—, cuando maduren y amarillean un poco, en los días de viento se las verá ondular en este islote como trigales verdaderos o como verdaderos campos de cebada."

Estuvo a punto de comentar que si la ciudad siguiera deteniéndose y librándose de fábricas y focos de hacinamiento, gradualmente la pampa empezaría a recuperar terreno. En el baldío ya se percibía un principio de olor a campo.

Hacia el fondo, en el vértice del triángulo que formaban los dos ramales ferroviarios, había una serie de árboles cuya altura sugería que habrían sido plantados treinta o cincuenta años atrás. Parecía un bosquecito. "De pinos", pensó. Pero tal vez fuesen cipreses o cedros: nunca pudo identificar árboles ni conoció a alguien capaz de identificar árboles, salvo sauces, paraisos y algunos árboles frutales como naranjos y limoneros, y eso apenas cuando sus frutos, maduros, aparecían en las ramas como ofertados en un comercio.

Una mancha roja entre los troncos dejaba adivinar un tejado típico de las construcciones inglesas de comienzos de siglo. Eran